

*vagario*. Pero a Pablo Neruda, a pesar de todos los ataques, de todos los reparos y estocadas que se le dirijan, no queda otro camino que reconocerlo como uno de los grandes poetas, tal vez el más grande, de la lengua española en la actualidad. Por algo Alone, que a veces lo ha criticado con dureza, lo incluye en este libro riguroso que sólo acepta a cuatro grandes de nuestra literatura.

El poeta, que ha llegado a ocupar un destacado sitio en el mundo de la poesía contemporánea, parece no cuidarse de los Paseyro ni de aquellos que a veces, con cautela, pretenden morderle los tobillos. Para Alone, Neruda "es un gran poeta de una mala época", eufemismo que el lector debe interpretar como una alusión directa a la posición política de Neruda a quien el crítico reconoce haber atacado alguna vez de "una manera un tanto feroz". El poeta, sonriendo maliciosamente, se burla de sus enemigos: "Cómo cuesta en este planeta // amarnos con tranquilidad". No es polémico, pero tampoco se cruza de brazos. Desde su barricada poética —tranquilo guerrillero— dispara sus certeros versos: "Nunca se me ha ocurrido hablar // con animales elegantes: // no tengo curiosidad // por la opinión de las avispas".

Creemos que *Los cuatro grandes de la literatura chilena* es un libro destinado a sucesivas ediciones. Ello estaría justificado por su interesante contenido sin alardes de erudición y por constituir un valioso documento para todos los que desean indagar en la personalidad humana y penetrar en la obra literaria de nuestros grandes escritores.

G. D.

<https://doi.org/10.29393/At401-90EUJO10090>

*Eutrapelia*, de JOSÉ S. GONZÁLEZ VERA.  
Nascimento, Santiago de Chile, 2ª edición, 1962.

Se ha definido el humorismo como una forma literaria en que se auna la gracia con la ironía y lo jocoso con lo patético. Especie de caricaturista literario o de ingenioso histrión del espíritu, el humorista tiene una manera peculiar de ver y sentir la vida, para lo cual ha de poseer una fina observación, donaire natural para decir las cosas, profundidad psicológica y aguda percepción del ridículo en los seres o situaciones que critica.

El humorista no sólo procura hacer reír, sino que en el fondo incita también a la piedad, a la ternura y a la compasión hacia el dolor humano, siendo en este sentido una especie de predicador laico o de filósofo didáctico. En el espíritu de los grandes satíricos parece involucrarse además un anhelo redentor, un ansia por algo elevado y altruista, una mezcla de idealidad y espíritu demoledor, de fantasía y prosaísmo, de cordura, extravagancia y comicidad.

Según los filósofos, la definición del humorismo es algo humanamente imposible. Y la dificultad estriba acaso en la complejidad de su esencia, en la multiplicidad de los elementos que lo componen y en la sutileza de sus procedimientos para lograr el efecto cómico, satírico. En esta forma puede convertirse en el más formidable ariete de ideas y convenciones o en el más terrible azote de las debilidades y vicios de la humanidad. Cervantes, riéndose de la literatura caballeresca; Luciano, burlándose de las religiones y de la cien-

cias de su tiempo; Oscar Wilde, fustigando las hipócritas costumbres de la sociedad inglesa, destruyeron más convencionalismos y derribaron más dogmas y prejuicios que todos los educadores y filósofos que se propusieron atacarlos con el arma de la lógica. Y es que la burla ingeniosa tiene más fuerza que la ira ciega, y la risa, más poder que el sesudo argumento. En otro sentido, como dice Cejador, el humorismo "es la ironía filosófica del sabio desengañado, que, cansado de buscar lo que su alma ansía, cae desfallecido y se sonríe de todo a manera de consuelo: es el epifonema del escéptico".

De todo ello se desprende que el humorismo implica una tendencia especial del espíritu, un ánimo jocoso y comprensivo de las flaquezas y ridiculeces humanas. Es de notar que esto no es común a la gran mayoría de los escritores, los cuales buscan en sus creaciones más bien el sentido dramático o trágico de la vida.

Pues bien, esta tendencia satírica la observamos a través de casi toda la producción de González Vera, sin excluir, por cierto, a *Eutrapelia*, que vamos a comentar.

Obra heterodoxa, original y difícil de encasillar entre los géneros literarios en uso, podríamos considerarla en su primera parte como un conjunto de ensayos o estampas de nuestro ambiente, unidos por un nexo común y observados bajo el regocijado lente de un humorismo sutil, liviano y casi siempre inocuo.

El atento y sagaz observador que es González Vera, exhibe en estas primeras páginas el lado risible de ciertos improvisados charlistas nacionales. "En Chile —comienza diciendo— es rara la persona que no desee contribuir al bienestar humano como conferenciante. Hasta los hombres más acaudalados prefieren esta forma de beneficencia". Aparentemente, ha hablado en serio, pero tras estas frases anodinas, como tras una cortina transparente, asoma la máscara burlona del crítico que se esfuerza por contener la risa. Y en las páginas siguientes, no sólo ridiculizará al candoroso conferencista, a ese seudo intelectual ansioso de popularidad barata, sino también al que lo presenta con no menos exiguas credenciales. El paciente auditorio no escapa tampoco al regocijo del humorista, pues lo estima compuesto en buena parte por desocupados que buscan el espectáculo gratuito para matar el tiempo, amén de otorgarles cierta calidad de personas cultas, aficionadas al arte o a la ciencia. Las observaciones picarescas, justas, oportunas del autor, dan una auténtica sensación de verdad, que mueve a risa.

Lo curioso es que ni el mismo autor escapa a su propio escalpelo, pues en sus páginas autobiográficas se retrata tal como es, tal cual él se juzga, sin atenuantes de ninguna especie, cual si careciera en absoluto de vanidad y amor propio.

González Vera se confiesa un humorista innato cuando afirma: "Siento resistencia a lo dramático en la vida cotidiana y no apporto nada a su caudal.

Me las ingenio para coger lo ameno de la existencia. Casi todo se me va transformando en recreación. No soy hombre serio sino por instantes. Los seres verdaderamente serios, siempre afirmativos, me parecen actores”.

Pero lo más interesante de este libro lo encontramos en sus crónicas de turista curioso, nutridas de penetrantes anotaciones etnológicas y costumbristas. *Buenos Aires ida y vuelta, La Paz, Caracas, Cartagena de Indias*, nos parecen bocetos valiosos o apuntes para estudios más dilatados sobre la vida y el extraño carácter de estos pueblos. Narrador rápido y ameno, pone su acento especialmente en las gentes, cuidándose poco del paisaje y de lo meramente objetivo, que le parece menos interesante. Como en una rápida visión caleidoscópica, nos presenta a estas poblaciones como vistas a vuelo de pájaro, aunque el pájaro, en este caso, sea un águila.

No quedan muy bien parados en este somero análisis nuestros chauvinistas vecinos de allende Los Andes. En cuatro frases lapidarias los pinta de cuerpo entero: “El argentino, con su tono acezante, emplea el verbo para que lo escuche el mundo. Es afirmativo y definitivo. Cuanto dice responde a un sentimiento de grandeza. Muestra al viajero la calle más ancha del universo o la vía más dilatada de Sudamérica. Sus comparaciones son continentales o mundiales. Lo minúsculo, lo reducido, lo pequeño no tiene casi lugar en su vocabulario. Aunque esté en silencio conserva una actitud de dominio, un aire arrogante, algo propio de la estatua animada”.

Encontramos pinceladas muy certeras y de mucho colorido y movimiento en la visión de ciudades aferradas a su cultura aborígen, milenaria, inmutables en el tiempo, como La Paz, donde “el indio ha entregado su cuerpo al arbitrio de militares y gobernantes, pero espiritualmente sigue dentro de su mitología, en un mundo aparte. Obedece, mas no colabora. Habla aymará o quechua; ante extraños, apenas lo indispensable. Frente al blanco, opta por el silencio. Se le manda entregar una cesta de pan y el negocio está cerrado. El se sienta en el suelo, inmóvil, acaso con una hoja de coca en la boca y aguarda horas y horas. El blanco puede gritar, puede pegar, pero no consigue nada. El espacio que ocupa es reducido. Hacia donde dirija la mirada hay indios indigentes, ensimismados, con su mente llena de dioses antiguos que no existen sino para ellos y no se extinguirán hasta que no entre a la sociedad”.

¿A qué seguir? Cada una de estas crónicas interesantísimas merecería un largo y exhaustivo comentario; pero tendríamos que extendernos demasiado y es preferible que el lector las lea y las aprecie en su justo valor documental.

¿Qué podríamos decir de su estilo? Siempre claro, sencillo, clásico, de una sobria firmeza, con frases breves, a lo Azorín, parece obedecer a una rigurosa intención de economizar vocablos, aunque la excesiva parquedad esté a veces un poco reñida con la galanura y el halo poético. Pero esto, lejos de ser un reproche, es la mención de una modalidad que dejamos al gusto del lector.

JOAQUÍN ORTEGA FOLCH.